

La tez rosada y pura,  
En sus radiantes ojos ya no brilla  
La luz de la hermosura.  
Sus lábios sin color no se desplegan  
Con amorosa y celestial sonrisa,  
Y sus ebúrneas manos ya no juegan  
Con sus espesos rizos,  
Que no mecerá mas la mansa brisa,  
Descubriendo los májicos hechizos  
Del torneado cuello,  
Del pecho virginal y el hombro bello.  
Aun tiene amante con su mano asida  
De don Félix la mano,  
Y aun con escaso aliento  
Murmura su postrera despedida,  
Y aun buscan en el lóbrego aposento  
Sus turbios ojos el objeto amado  
De su alma enamorada aun no borrado.  
El amoroso conde que la adora,  
Junto á su lecho desolado llora,  
Y á las palabras de su amor responde  
Con palabras mentidas de consuelo,  
Porque no se le esconde  
Que á ver no volverá la luz del cielo.  
—¿Por qué lloras, mi bien? le preguntaba  
La moribunda esposa.  
Y con voz cariñosa:  
—“No lloro,” el infeliz la contestaba,  
Y así plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE.

Sí, sollozar te escucho.

DON FELIX.

Tu mente débil te lo finje acaso.

CLOTILDE.

No, Félix, no me engaño, te amo mucho,  
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.  
Leo en tu corazón.

DON FELIX.

Clotilde mía,  
Del pensamiento aleja  
Tan tristes ilusiones.

CLOTILDE.

¡Ay, Félix! es en vano tu porfía,  
Escusa ya ficciones,  
Falsas palabras deja,  
Ya sé que llega mi postrero día,  
¿Me amas aún?

DON FELIX.

—Mis lágrimas te dicen  
Cuánto es mi amor; la eternidad entera,  
Escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE.

Dime, ¿y mi flor? ¿estiendo todavía  
Sus hojas ante el sol? ¿han decaído  
Sus brillantes colores?

DON FELIX.

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE.

¿Pero y la flor?

DON FELIX.

Aun sola permaneces,  
Y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE.

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FELIX.

Pocos días no mas.

CLOTILDE.

Años perdidos,  
Sin contemplarla que pasaron creo.  
¿Se alcanza desde aquí?

DON FELIX.

Tal vez corriendo

Tus cortinas, y abriendo  
La puerta de esa cámara vecina.  
Se alcance á ver.

CLOTILDE.

Pues abre, y que mis ojos  
La vuelvan á mirar, antes que cieguen,  
De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto don Félix  
La puerta de la cámara en que estaba  
La flor maravillosa,  
Y al gótico balcon donde brotaba,  
Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche;

Los ojos mas perspicaces

No hubieran sido capaces

Su lobreguez de sondear.

Tendió á la ventana el conde

En las tinieblas la mano,

Mas abrió con ansia en vano

Sus hojas de par en par.

El mas escaso reflejo

No vió penetrar por ella,

Que no alumbraba una estrella

Del cielo la inmensidad.

Su negro manto en los aires

Las nieblas habian tendido,

Y de la luna sorbido

La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura,

La encantada pasionaria,

Vejetaba solitaria

En su enramado vergel;

Y aunque no pueden los ojos

Percibir bien la distancia,

Revela bien su fragancia,

Su eterna presencia en él.

—¿Dónde estás, dijo Clotilde,

Flor mia, que no te veo?

Si comprendes mi deseo,

Déjate ver, linda flor:

Siento ¡ay de mí! que al buscarte

Los ojos se me oscurecen;

Muéstrate, flor, si merecen

Mis ojos ver tu color.

A estas palabras, del lecho

De la moribunda enfrente,

Se iluminó de repente  
Ténue y fosfórica luz,  
Producida en las tinieblas,  
De la oculta Pasionaria  
Por la esencia extraordinaria  
Y la mágica virtud.  
Retrocedió amedrentado  
La luz fantástica viendo  
D. Félix, y no sabiendo  
Los ojos de ella apartar,  
Ni á respirar se atrevia,  
Cuando en el otro aposento  
Con desfallecido acento  
Oyó á Clotilde llamar,  
Acudió el triste solícito  
Al pié de su cabecera,  
Y allí de aquesta manera  
Decir á su esposa oyó:  
“Escucha, Félix, sentada  
“Lálmuerte á mi lado veo,  
“Mas un extraño deseo  
“Al sentirla me asaltó,  
“Y dulcemente la vida  
“Mi espíritu abandonara  
“Si este deseo lograra.”  
—¿Cómo lograréte? dí.  
—De tí tan solo depende.  
Mas que te cueste no es justo  
Este capricho un disgusto.  
—Acaba.

—¿Consientes?

—Sí.

—“Pues mira, esa Pasionaria  
Que fué mi encanto viviendo,  
Pluguérame que muriendo  
Fuera mi último placer.  
De nuestro mal compañera,  
Cual de nuestro amor testigo  
Que muera esa flor conmigo,  
Pues que me debe su sér.  
Sí, apenas contaba un día  
Cuando quisiste ofrecérmela,  
Sea su muerte la mia,  
Félix, arráncala hoy;  
Ese es el favor postrero  
Que ya de tu mano espero;  
Cúmplemele, y al sepulcro  
Tranquila y contenta voy.”

Quedó aterrado don Félix  
Propuesta tal escuchando,  
La mano tender no osando  
A la misteriosa flor,  
Los desencajados ojos  
Fijos en ella teniendo,  
Y en las pupilas sintiendo  
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea  
Su mente no se atrevia;  
Su voluntad resistia  
Su ejecucion á emprender;  
Y aquel pensamiento solo  
Le tiene en duda tan fiera,  
Como si á su impulso fuera

Un crimen á cometer.

Sí, sometido al influjo  
De un vértigo incomprendible,  
Sentia en sí una terrible  
Desusada conmocion:  
De un sér incógnito, oculto,  
Secreto terror le asalta,  
Y conoce que le falta  
Valor en el corazón.

Que aquella flor que fué un tiempo  
Las delicias de su esposa,  
Cuya existencia preciosa  
Quiere hoy romper con afán,  
Ve el triste que allá en el fondo  
De su pecho enamorado,  
Todo el poder ha cobrado  
De un dañoso talisman,  
De aquella flor á la vista,  
Siente que allá en su memoria  
Se le renueva una historia  
De mucho olvidada ya,  
Y en ella vive un recuerdo  
Triste, eterno y solitario,  
Como luz que en su santuario  
Ardiendo percane está.

¡Oh! no, imposible que él sea  
Quien aquella flor destruya;  
Su vida es la vida suya,  
El suyo tal vez su sér.  
No, imposible, sin su esposa,  
El como ella necesita  
Aquella flor inmarcanta  
Por compañera tener.

Será de su amor pasado,  
Cuando ella falte, un objeto,  
Será un místico amuleto  
Que aliviará su dolor;  
Y de Clotilde el espíritu  
Identificado en ella,  
Siempre pura y siempre bella  
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,  
En su inmarcanta frescura,  
El hallará su hermosura,  
Su perdida sociedad.  
Y en su castillo encerrado  
Para siempre noche y día,  
No tendrá mas compañía  
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde  
Desea arrancarla ahora,  
Y el buen don Félix la adora  
Con toda su alma y su sér,  
Y es imposible que al cabo  
Su afán postrimero estorbe,  
Quien corriera todo el orbe  
Para buscarla un placer.

Acostumbrado de antiguo  
A encontrar cada mañana  
Al ir á abrir su ventana,  
Con nueva vida su flor,  
También identificóla  
D. Félix con su existencia,

Divinizando en su esencia  
Su porvenir ó su amor.  
Y aun en la misma ventana  
Su enredadera ceñida,  
Aun vejetaba prendida  
La pasionaria al dintel:  
Mas ya crecidos los tallos  
De sus ramas, parecia  
Que desprenderse queria  
A su verde cuna infiel.  
Y en la mas larga pendiente,  
Ya dentro del aposento,  
Yacia en el pavimento  
Sin arrimo y sin sosten,  
Como si el fin contemplando  
Avanzar de su señora,  
Al suyo en la misma hora  
Quisiera llegar tambien.  
Dijeran que adivinando  
El término de su vida,  
La postrera despedida  
Quería á Clotilde dar,  
Y que hasta su mismo lecho  
Subir intentando en vano,  
Tomó el lugar mas cercano  
A donde pudo arribar.  
Y él la contemplaba trémulo,  
Y ella su flor le pedia,  
Y don Félix no sabia  
En verdad qué resolver.  
La flor seguía en la sombra  
Ante sus ojos brillando,  
Y él la seguía mirando,  
En acuerdo sin volver.  
Al fin la voz de su esposa  
Oyendo desfallecida,  
Que adios decia á su vida  
Clamándole por su flor,  
Sobre ella dió de repente,  
Y en la oscuridad asiéndola:  
—*Sea, pues!* dijo, rompiéndola  
Con insensato furor;  
A tal momento, Clotilde  
Lanzó el último gemido:  
Y el conde, de horror transido  
En las tinieblas quedó,  
Al escuchar que su nombre  
Dentro del mismo aposento,  
Otro conocido acento  
Tiernamente pronunció.  
¡Cielos! exclamó espantado,  
¿Es realidad ó deliro?  
¿De quién era ese suspiro  
Que en las tinieblas oí?  
—Félix, repuso en la sombra  
Aquella voz dolorida,  
¿No me conoces, mi vida?  
Yo soy, acércate á mí.  
Desatinado y atónico,  
Tomó una lámpara el conde,  
Y al sitio volviendo donde  
La Pasionaria arrancó,  
Vió con estúpido asombro

El desconocido objeto  
Que el miedo y amor secreto  
Hacia la flor le inspiró.

Pálida, fria y sin aliento apenas,  
Enamorada aún y encantadora,  
En lugar de la flor yacia AURORA,  
En medio del oculto camarín.  
Contemplábala atónico don Félix,  
El misterio fatal no comprendiendo,  
Y tendiale Aurora sonriendo  
Los yertos brazos, próxima á su fin.  
Y aun amoroso el rostro moribundo,  
Díjole así con voz desfallecida:  
—*He estado junto á tí toda mi vida,  
Y muero con mi amor cerca de tí.  
Velada á vuestra vista entre las hojas  
De una hermosa y silvestre Pasionaria,  
Fuí huésped de esa reja solitaria,  
Y os ví felices y dichosa fui.*

Siempre te amé; mas siempre cuidadosa  
Miré mas que á mi amor á tu ventura;  
Tú no fueras feliz con mi hermosura,  
Y en mí encerré mi generoso amor.  
Dios hizo que á este amor triste y sin premio  
Fuera el amor de tu Clotilde unido;  
Mas nuestro tiempo le pedí medido  
Por el tiempo no mas de aquella flor.

No nos fué dado nunca conocernos,  
Mas á la par vivimos y te amamos;  
Ambas unidas á la tumba vamos,  
Y te perdemos á la par las dos.  
Juntas morir nos otorgó el destino,  
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,  
Cumpliste mi recóndita plegaria.  
Recibe, pues, mi postrimer adios.

Y á estas palabras la cerviz doblando,  
Voló al cielo su alma enamorada,  
Y en medio de la atmósfera nublada  
Repentino relámpago brotó.  
Las ramas de la verde enredadera,  
En la estrecha ventana se inflamaron,  
Y sus hojas ceniza se tornaron  
Que el agitado viento arrebató.

Tendió don Félix las convulsas manos,  
Ciego á su vista y de dolor transido,  
Y privado de aliento y de sentido,  
De la ventana al pié se desplomó.  
Y diz que en su castillo de Aracena  
Pocos años despues triste vivia,  
Y que á Aurora buscaba todavía  
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo  
En una capilla oscura,  
Se encuentra la sepultura  
De su postrero señor.  
Y en vez del busto de mármol  
Y de inscripcion funeraria,  
Hay solo una Pasionaria  
De mano de un escultor.

## LEYENDA SESTA.

### APUNTACIONES PARA UN SERMON

#### SOBRE LOS NOVISIMOS.

##### TRADICION!

##### AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer,  
Me lo contaron, lector:  
Atañe al historiador  
Lo cierto que puede haber.  
Lo que mas la plazca de ello,  
Crea tu razon discreta,  
Mas no olvide que al poeta  
Pertenece lo mas bello.  
Querer dar con la verdad  
Fiándose en sus escritos,  
Es á yerros infinitos  
Asentir con ceguedad.  
Yo no pretendo enseñarte,  
Lector, á menos atento:  
Me daré por muy contento  
Si es que consigues agradarte.  
Solo á arrancarte un suspiro  
O una sonrisa, aunque leve,  
Mi estéril pluma se atreve;  
Solo á deleitarte aspiro.  
Dejemos la verdad, pues,  
Que es la verdad siempre amarga  
Y lo cierto grave carga  
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero  
Lleva ventaja infinita;  
La mentira es mas bonita,  
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa  
No hallará esta fantasia  
Muy de su gusto, á fé mia;  
Pero piense lo que quiera.

*El pueblo me la contó,  
Y yo al pueblo se la cuento;  
Y pues la historia no invento,  
Responda el pueblo y no yo.  
No hay en ella mas verdad  
Que lo que Hartzembusch ha escrito;  
Y yo por darme lo admito  
Importancia y gravedad.  
El, verídico escritor,  
Me garantiza esta historia,  
Pues yo soy, pese á mi gloria,  
De mentiras profesor.  
Yo vivo con la mentira,  
Lector, en público trato,  
Y confieso sin recato  
Que la verdad no me inspira.  
Empiezo mi cuento, pues,  
Y si te agrada, lector,  
No preguntes al autor  
Si mentira ó verdad es.*

##### INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TEMIDO LA GALAN-  
TERIA DE PONER A MI LEYENDA SESTA.

Pero antes que en el Duero se sepulte,  
Cruza Pisnerga plácida campiña,  
Donde la rica mies, la rica viña  
Derrama sus tesoros á la par.